

Leonid Grossman

A. G. Dostoiévskaja y sus *Memorias*¹

I

Existe un tipo singular de literatura memorialística: las memorias sobre pensadores o artistas célebres cuidadosamente escritas por una mano femenina. Los testimonios autobiográficos de Bettina von Arnim sobre Goethe, de la encantadora Aimée d'Alton sobre Alfred de Musset, los cuentos de Carolina, la sobrina de Flaubert, o de Elisabeth Förster–Nietzsche, hermana del filósofo, constituyen un grupo singular de documentos histórico-culturales. Los hechos de orden artístico aquí se refractan a través de la elevada susceptibilidad femenina y los semblantes de los célebres creadores nos revelan inesperadamente rasgos nuevos, peculiares, a veces poco conocidos y más humanos. A esa categoría de diarios femeninos pertenece el manuscrito «Memorias de A. G. Dostoiévskaja» descubierto en el invierno de 1922 en el Museo de Historia de Moscú.

En la literatura memorialística rusa de este género -desde los testimonios de A. P. Kern sobre Pushkin y de E. A. Jvostova-Sushkova sobre Lérmontov hasta la autobiografía recientemente publicada de la condesa S. A. Tolstaia-, las «Memorias de A. G. Dostoiévskaja», recientemente descubiertas, deben ser consideradas uno de los fenómenos más notables e importantes. El alcance, la precisión y la veracidad de la narración, la vivacidad general y el carácter literario de la exposición y, por último, la abundancia de datos desconocidos sobre uno de los más grandes creadores de la literatura universal confiere a esta «colección de abigarrados capítulos» el valor de un documento humano de primerísima importancia.

El lado flaco habitual de las memorias literarias –su insuficiente grado de fidelidad debido al frecuente hecho de que los encuentros y conversaciones que se narran son registrados varios decenios más tarde– aquí desaparece por completo. Si bien las «Memorias de A. G. Dostoiévskaja» fueron escritas entre los años 1911 y 1916, es decir, entre treinta y treinta y cinco años después de la muerte de Fiódor Mijáilovich, están fundadas casi por entero en materiales tan recientes e indiscutibles como los antiguos diarios de Anna Grigórievna de los años 1860-1870, sus anotaciones estenográficas de diversas conversaciones y episodios de su vida familiar y, por último, los cuadernos de

¹ Tomado de L. P. Grossman, «A. G. Dostoiévskaja y sus *Memorias*», en Dostoiévskaja A. G., *Memorias*, Moscú, San Petersburgo, 1925, págs. 7-18. [N. del T.]

notas y las cartas del escritor, todavía en gran medida inéditos hasta el momento. Todo eso fue minuciosamente cotejado por la autora de las memorias con diversos materiales impresos, artículos de revistas y periódicos que con frecuencia corregían la fecha, el lugar de la acción u otro detalle significativo de la narración. En este sentido, Anna Grigórievna puso de manifiesto una asombrosa e incansable constancia. Por sus palabras sabemos que en el duro invierno petersburgués de 1916-1917, cuando el curso normal de la vida se vio fuertemente afectado por la guerra, en la víspera misma de la revolución, Anna Grigórievna siguió yendo de manera regular, con la tenacidad de una joven estudiante, a la Biblioteca Pública para verificar y complementar sus memorias.

Por lo tanto, el trabajo de la autora se redujo en gran medida a elaborar y redactar anotaciones actuales signadas por toda la novedad y la inmediatez de lo recién vivido. Eso confiere a muchos de los diálogos aquí registrados una entonación singularmente vivaz, como de voces humanas que aún resuenan y a toda una serie de hechos descritos le otorga el ritmo veloz y eficaz de un reflejo verbal momentáneo. «*C'est palpitant comme la gazette d'hier*»: ² la famosa fórmula de Pushkin podría aplicarse a ellos.

Sumado a esa precisión tan excepcional, determinada por la propia técnica de gestión y elaboración de las memorias, el rasgo que las distingue es también el tono interiormente veraz. La autora se propone presentar a los lectores a un Dostoievski con todas sus virtudes y defectos, tal como era en la vida privada. Anna Grigórievna no intenta idealizar la imagen de su marido, ni trata de darle un halo icónico. En las memorias de su esposa, Dostoievski aparece tal como, por lo visto, era en su medio familiar: un padre y un marido atento y cariñoso. Pero la esposa del escritor no esconde tampoco los inevitables cortocircuitos en las relaciones familiares: Dostoievski aquí se irrita, muestra celos, se pone nervioso, se indigna. Manifiesta a veces una gran irritabilidad y una brusca irascibilidad que llega casi al paroxismo. Anna Grigórievna no esconde ni su «mirada furiosa» durante sus brutales ataques de celos ni su infausta e invencible pasión por los juegos de azar. No oculta al lector ni siquiera rasgos característicos tan siniestros: «¡Podría haberte estrangulado de la ira! Cuando estoy furioso, no respondo de mí».

Del mismo modo, en ninguna parte se siente el intento de Anna Grigórievna por embellecerse, por presentar a su persona bajo la luz más conveniente, por ocultar o siquiera atenuar los rasgos demasiado cotidianos de su biografía. Con la sabiduría de una prolongada experiencia vital, no esconde muchas circunstancias prosaicas de su vida,

² Es palpitante como el diario de ayer. [N. del T.]

inherentes casi a cada existencia humana. Nos enteramos de cómo solía escuchar detrás de las puertas, contar «episodios escabrosos», enfadarse, indignarse, en ocasiones negar la ayuda, dar excesiva importancia a las cuestiones monetarias, etc. Pero la franqueza y la sencillez de la narradora aquí cautivan sin proponérselo y confieren a sus memorias un carácter de gran vivacidad y verosimilitud.

II

Esos rasgos determinan también el estilo literario del libro.

A. G. Dostoiévskaja intenta claramente exponer los hechos con gran sencillez, sin pretensión alguna de sofisticación literaria.

El tono sereno y contenido del género de la crónica, correctamente adoptado desde las primeras páginas, no la traiciona casi en ninguna parte. Evita a conciencia la belleza verbal, la frase sonora, los efectos de composición. Eso lo demuestran en algunos pasajes expresiones tachadas en el manuscrito tales como «en el alma resonaron unas cuerdas» o variantes de frases como «hundir un cuchillo en mi corazón», sustituida por la más sencilla «amargarme terriblemente». Todo esto demuestra un gran tacto artístico y una correcta comprensión de su tarea. Al trabajar quince años con los manuscritos de Dostoievski, Anna Grigórievna pasó por una buena escuela que le enseñó a ver la elevada perfección literaria en la ausencia aparente de literatura. Por eso a lo largo de sus memorias no sentimos en ningún momento la pretensión de la autora por demostrar profundidad de pensamiento o brillo estilístico. El uniforme discurrir de la narración atrae por su simplicidad, claridad y rigurosa economía de recursos verbales.

Pero, sin duda, A. G. Dostoiévskaja posee cierto don narrativo, al menos en la exposición de los «episodios familiares». Ese don se refleja en el humor vivaz de algunas descripciones, en el habla natural de los fragmentos con diálogos, en el dramatismo de ciertas escenas y en la certera vivacidad de muchas caracterizaciones. Anna Grigórievna narra con ligereza e interés, no aburre al lector. Comprende a la perfección el valor del trazo anecdótico o de la réplica ingeniosa en el género que cultiva y no pierde ocasión de vivificar y colorear con ellos el tejido de su narración. Además, pone de manifiesto una mirada penetrante y un don de observación poco común. Sabe trazar de pasada un paisaje, un traje, un rostro o una situación con pinceladas características y precisas. Comprende que el reflejo fiel de detalles concretos del anterior modo de vida posee un valor independiente, tiene un vivo interés para el lector, y en su historia de las relaciones cotidianas introduce de buen grado esos nombres olvidados de objetos desaparecidos.

Esa capacidad de representación pictórica se combina aquí noblemente con la amplitud de intereses y la diversidad de relaciones personales de las que vivía la familia Dostoievski. En su larga vida, Anna Grigórievna vio no pocos cambios históricos y, a menudo, tenía la posibilidad de acercarse a los hombres célebres de su época. Tras vivir cuatro reinados y tender el hilo de su narración desde la víspera de la revolución de 1848 hasta la víspera de la revolución de 1917, describe de pasada no pocas personas, modas, cuadros, acontecimientos y costumbres cotidianas. Hallamos aquí figuras de personalidades políticas –desde Garibaldi y Pobedonóstsev hasta los diputados de la Duma del Estado y los miembros del Consejo de Estado–, a representantes de la literatura –desde Lev Tolstói y Vladímir Soloviov hasta periodistas semiolvidados de mediados del siglo pasado–. Los rasgos cotidianos de la vida de una familia rusa acomodada de la época de Nicolás I –hábitos patriarcales, gustos, convicciones políticas, banquetes y celebraciones– son aquí sustituidos por cuadros del laborioso régimen de vida de un escritor ruso de la segunda mitad del siglo XIX y los modestos paisajes de las regiones del norte de Rusia y las vistas de los rincones de provincia como Stáraia Russa se alternan con los decorados de la Dresde y la Praga, la Florencia y la Milán de la década de 1860, es decir, con las vistas de los centros artísticos de la vieja Europa, que aún no ha sufrido la guerra franco–prusiana ni ha conocido las seducciones del posterior «americanismo».

Así pues, junto con la crónica íntima, ocasional y fragmentaria, se despliega la historia de las costumbres, que no olvida los trajes y los muebles, las palabritas específicas de una época y los gustos intelectuales de moda, las chucherías y los chistes, los periódicos y los espectáculos. Todo esto desfila en los capítulos de las *Memorias* en detalles concretos y pintorescos, respondiendo a las singulares exigencias del historicismo en el sentido goncourtiano de la palabra. En este sentido, las memorias de Anna Grigórievna pueden ser útiles no sólo al biógrafo de Dostoievski: también para el historiador de la literatura y para el investigador de los destinos del libro ruso son un material especialmente importante y necesario. El especialista encontrará aquí en abundancia datos interesantes y precisos sobre la historia de la actividad editorial y periodística de mediados del siglo pasado, sobre cuestiones relativas a la actividad editorial, a las relaciones mutuas en el ámbito de las redacciones, a los honorarios literarios, etc. Los nombres de los escritores –Nekrásov y Máikov, Ogariov y Strájov, Goncharov, Turguéniev y Tolstói– aquí se entrelazan con los apellidos de redactores y

editores: Katkov, Stellovski, Kashpiriov, Marks. La historia de la prensa rusa aquí aparece iluminada desde diferentes ángulos y obtiene no pocos datos complementarios valiosos.

III

Pero, desde luego, todo esto pasa a un segundo plano ante el tema principal y central: la personalidad de Dostoievski.

«En ninguna parte se pone tan claro de manifiesto el carácter de una persona como en la vida cotidiana, en el seno de su familia»: así formula su profunda convicción la autora de las *Memorias*. Y, dueña en ese aspecto de todos los materiales, Anna Grigórievna nos revela rasgos desconocidos e inesperados de la personalidad de su marido. Dostoievski acunando a los niños, organizándoles el árbol de Navidad, bailando con su esposa el vals, la cuadrilla e incluso la mazurca como un «polaco empedernido», bajo el acompañamiento de un organillo infantil; el creador de la «novela–misterio» manifestando una sutil comprensión de la ropa de mujer, al punto de elegirle los vestidos a su mujer; profesando en general una pasión por los objetos refinados –el cristal, el cristal de Bohemia, los jarrones, los *surtouts de table*³ artísticos–: todo esto complementa con rasgos desconocidos y característicos el semblante vital hasta hoy enigmático del escritor.

Mas junto con esos gustos y preferencias de Dostoievski se nos revelan no pocas cosas nuevas en el ámbito de sus demandas espirituales y de su trabajo creador. Nos enteramos de cómo Dostoievski pasaba horas enteras, enternecido y conmovido, ante la Madonna Sixtina y que el *Cristo muerto* de Holbein suscitaba en su rostro una expresión de horror, como la que antecedió a sus ataques de epilepsia. El interés de Dostoievski por la arquitectura de las iglesias moscovitas, las catedrales y palacios venecianos, sus cuadros favoritos en las galerías de Dresde, Florencia y Basilea, los procedimientos y métodos de su labor literaria, sus gustos literarios y sus autores preferidos: todo esto, parcialmente conocido de antes, recibe aquí desarrollo, ahondamiento, complementación y fortalece significativamente las bases para investigaciones precisas.

Por último, la historia tan oscura hasta tiempos recientes de los manuscritos de Dostoievski encuentra en esta autobiografía su resolución exhaustiva. La escena llena de profundo dramatismo que describe Anna Grigórievna de la quema en Dresde de los manuscritos de *El idiota*, *Los demonios* y *El eterno marido* nos explica el estado general del fondo de manuscritos de Dostoievski tanto como el relato sobre el hallazgo, a su

³ Centro de mesa. [N. del T.]

regreso a Petersburgo después de cuatro años de estancia en el extranjero, de una cesta con los primeros borradores de *Crimen y castigo* y otras obras de la década de 1860.

Las memorias de Anna Grigórievna son, ante todo, por supuesto, el diario de una mujer en el que las cuestiones del amor, los celos, la maternidad, la vida doméstica con todos sus pormenores y dificultades sirven de cimiento a la narración y por doquier la tiñen. Pero, a la vez, este libro, junto con las cartas de Dostoievski, constituye una importantísima fuente para su biografía en el período más relevante de sus fuerzas creativas, desde *El jugador* y *Crimen y castigo* hasta *Los hermanos Karamázov* y el «Discurso sobre Pushkin».

IV

La personalidad de la autora de estas memorias merece especial atención. Anna Grigórievna no sólo fue la «esposa de Dostoievski», sino también tiene sus méritos personales y no poco importantes en la cultura rusa. Su gran tarea vital aún espera un examen circunstanciado y una valoración integral.

El carácter de A. G. Dostoiévskaja fue creado para una vasta recepción de diversas impresiones vitales. En ella convivían felizmente cualidades contradictorias y, en apariencia, a menudo incompatibles: admiradora de la década de 1860, adscrita a la generación «emancipadora», al mismo tiempo era una celosa cumplidora de los rituales de la iglesia ortodoxa; reunía en su persona un excesivo nerviosismo, quizás incluso exaltación, y una voluntad de hierro y una audaz determinación en las situaciones cotidianas difíciles. Sus amplios intereses intelectuales y artísticos convivían en ella con un gran practicismo y una indudable diligencia. Cierta misticismo inherente a ella (la fe en milagros, en presagios del cielo y en sueños proféticos) no perturbaba en absoluto su asombrosa capacidad para sistematizar todos los asuntos cotidianos que siempre premeditaba, calculaba y organizaba hasta los últimos detalles. Toda esa diversidad de cualidades y gustos, orientado al culto de Dostoievski, arrojó resultados fructíferos y merece nuestro recuerdo agradecido y la gran tarea vital que llevó adelante debe despertar interés también hacia su persona.

Anna Grigórievna Dostoiévskaja (1846-1918) fue una exponente del singular tipo de mujeres rusas de la segunda mitad del siglo XIX: cultas, activas, entregadas fanáticamente a la ideología que las cautivaba. A lo largo de sus memorias, se llama reiteradamente a sí misma una «contemporánea de la década de 1860, que defendía con firmeza los derechos y la independencia de las mujeres», una representante de la

generación liberal, etc. Eso lo declara a menudo no sin cierto orgullo y hay que reconocer que Anna Grigórievna tenía derecho a ello. Era por naturaleza afín a la época de la impetuosa activación del pensamiento ruso y hasta el fin de su vida conservó los cautivantes rasgos de una actividad incansable y una ardiente fidelidad a la idea inspiradora. Consideraba su vida un deber asumido y trataba todo el tiempo de convertirla en hazaña. Si en sus años mozos Niétochka Snítkina⁴ soñaba con las ciencias naturales y la medicina, fue una de las primeras asistentes a los cursos para mujeres, estudió estenografía para ser completamente independiente y no ser una carga para su pequeña familia, que poseía varias casas en Petersburgo, posteriormente, después de casarse con Dostoievski, encontró su vocación en el servicio a la creación del gran escritor que había atado su destino al de ella. Por las manos de Anna Grigórievna pasaron todas las obras de Dostoievski desde *El jugador* hasta *Los hermanos Karamázov* y los conocimientos de estenografía de la esposa del escritor fueron un enorme alivio en el trabajo artístico de Dostoievski, transformando por completo sus métodos y su sistema.

Cuando muere el escritor, Anna Grigórievna comienza a difundir las ideas de su marido, «siempre nobles y elevadas», y con excepcional tenacidad publica una tras otra ediciones de sus obras completas. Al mismo tiempo, organiza en Stáraia Russa una escuela con el nombre de Dostoievski y funda en el Museo de Historia de Moscú una sección especial en la que se conservan objetos que pertenecían al escritor, una enorme cantidad de sus manuscritos, una exhaustiva iconografía con retratos y grabados originales, todas las ediciones de las obras de Dostoievski y, salvo unas pocas excepciones, casi toda la literatura crítica sobre él en los más diversos idiomas europeos y orientales. El museo por ella fundado impulsa a Anna Grigórievna a emprender un trabajo bibliográfico vasto y complejo: la descripción de todo lo que ella había reunido, es decir, en otras palabras, el listado completo de todas las ediciones de Dostoievski y de todas las obras acerca de él. Publicado por ella en 1906, el *Índice bibliográfico de textos y obras de arte relacionados con la vida y la actividad de F. M. Dostoievski*, que contiene hasta cinco mil registros, constituye un caso único en la bibliografía literaria rusa. Por último, para rematar toda esa tarea inmensa, responsable y difícil –organizar el legado literario y la memoria de Dostoievski–, Anna Grigórievna llenó sus últimos años de su

⁴ A Anna Grigórievna la apodaron «Niétochka» en su casa por su afición a las obras de Dostoievski (en concreto, la referencia es a la novela *Niétochka Niezvánova*). [N. del T.]

prolongada vida trabajando en sus propias memorias, que no podrá ignorar ningún escritor interesado en la personalidad y el destino del creador de la novela filosófica rusa.

Anna Grigórievna se ganó aún en vida la reputación de persona diligente, práctica, diestra, que a veces llevaba su diligencia incluso hasta el extremo. A ella acudían a aprender el complejo negocio editorial, en el que había alcanzado resultados brillantes como autodidacta, personas completamente desconocidas, como la condesa S. A. Tolstaia. En las memorias recientemente publicadas de su hija, Liubov Fiódorovna Dostoiévskaja, leemos: «Dostoievski se asombraba de la facilidad con la que mi madre sumaba grandes cifras y dominaba la difícil jerga de los escribanos».

Pero esa capacidad práctica de Anna Grigórievna suscitaba no pocas críticas y terminó incluso arrojando una espesa sombra sobre su semblante, ocultándonos por completo los verdaderos méritos de esa mujer infrecuentemente laboriosa. Aún en vida de Anna Grigórievna se formó la opinión de que era una negociante mezquina, e incluso en la prensa aparecieron relatos panfletarios sobre la esposa del célebre escritor que había vivido y muerto en la pobreza extrema, pero que había dejado a su viuda un legado literario que ella había transformado en un capital enorme. Hasta hoy se estila caracterizar a A. G. Dostoiévskaja como una negociante seca, una contable experimentada y una cobradora activa. Si tales características, por lo visto, no carecen de fundamento, están lejos de agotar, en todo caso, la personalidad y la actividad de nuestra autora.

Por supuesto, Anna Grigórievna, mujer diligente, práctica y que sabía contar dinero, era en ese sentido diametralmente opuesta a Fiódor Mijáilovich, dueño de una ingenuidad infantil en los asuntos de dinero. Pero ese contraste en sus caracteres, sin duda, fue de provecho para su vida en común. Si el propio Dostoievski podía, según testimonia Anna Grigórievna, firmar letras de cambio ficticias por sumas enormes con tal de no rechazar al solicitante y a veces a un astuto especulador que abusaba de su confianza y de su infantil falta de practicidad, Anna Grigórievna ya no solo lo protegía de tales transacciones, sino que comenzó una activa batalla contra los acreedores que supo ganar con energía y habilidad. Eso lo testimonia una sección entera de sus memorias en la que se expone la penosa, tenaz y agotadora «batalla con los acreedores», que revela en la esposa del escritor una energía inusual, inteligencia e incluso, en ocasiones, una audacia varonil.

En todo ello, por supuesto, había mucho de premeditación práctica. Pero difícilmente se le pueda reprochar eso a Anna Grigórievna. Si recordamos que con esa

«diligencia» no sólo protegía la tranquilidad de Dostoievski, sino que, al librarlo de penosas preocupaciones, sin duda salvaguardaba su creación, es poco probable que nos atrevamos a reprocharle un exceso de «practicismo». Y si recordamos, haciendo el cálculo más elemental, que a los catorce años de matrimonio de Dostoievski corresponden siete tomos de sus obras completas (es decir, más de la mitad de todo lo que escribió en su vida), difícilmente le neguemos a la diligente Anna Grigórievna nuestro reconocimiento y respeto. Si como resultado de su sensatez mundana se salvaron para nosotros siquiera unos pocos capítulos de los *Karamázov* o *Los demonios* que en otras circunstancias nunca habrían visto la luz, creemos que su estenógrafa merece plena justificación por su habilidad para arreglarle a su marido un modo de vida llevadero.

Sí, por supuesto, Anna Grigórievna llevaba sus libros contables con obstinación y tenacidad, compraba papel, recorría las imprentas, discutía con los acreedores, negociaba con los editores y los librereros, estenografiaba, transcribía, anunciaba las suscripciones, hacía los balances, se convirtió ella misma en editora, en librera, en contable e incluso en mera escribiente durante el trabajo creativo de su marido. Eso puede parecer ridículo y feo, pero en el fondo es algo profundamente conmovedor, como toda proeza vital imperceptible, cotidiana y no efectista. Sin querer viene a la mente aquel malabarista del cuento de Anatole France que le ofrendó a la Virgen lo único que sabía y podía hacer: sus brincos, trucos y giros acrobáticos. Pero, cuando los severos sacerdotes empezaron a gritar que aquello era un sacrilegio en un templo, la estatua bajó de su pedestal y secó con el borde de su prenda la frente del agotado malabarista.

Del mismo modo, Anna Grigórievna hizo lo que pudo y sabía en ese templo del pensamiento al que la había llevado el destino. No forzaba su carácter, actuaba, luchaba, organizaba los asuntos de su marido y, como resultado de ello, servía al gran espíritu creador que ardía en él. Agradecámosle eso y recordemos con gratitud su nombre en las crónicas de nuestra cultura espiritual.

V

Quizás algunos recuerdos personales sobre encuentros y conversaciones con A. G. Dostoiévskaja resulten útiles para completar su crónica.

Me encontré con Anna Grigórievna en el invierno de 1916–1917 en Petersburgo y en el balneario de Sestroretsk; me vi con ella después de la revolución, es decir, aproximadamente un año antes de su muerte.

A pesar de su avanzada edad, Anna Grigórievna se distinguía por una inusual animación y rapidez mental. Conversar con ella era un profundo placer. Podía hablar durante horas enteras, casi sin pausa, sobre acontecimientos de antaño, sobre tradiciones familiares, sobre personas del pasado y, especialmente, por supuesto, sobre quien había sido durante quince años su compañero de vida y se había convertido para siempre en su objeto de culto.

–Yo no vivo en el siglo XX, me he quedado en los años 70 del siglo XIX. Mis allegados son los amigos de Fiódor Mijáilovich; mi compañía es el círculo de personas cercanas a Dostoievski, que ya no están. Es con ellos con quienes vivo. Todo aquel que se dedica a estudiar la vida o las obras de Dostoievski me parece uno de los míos.

Anna Grigórievna no consideraba en absoluto terminado el trabajo de su vida. «Tengo 72 años –decía–, pero aún no quiero morir. Y a veces aliento la esperanza de que, al igual que mi difunta madre, viviré hasta los ochenta. Aún tengo mucho trabajo por delante; la tarea y el trabajo de mi vida aún están lejos de haber finalizado».

Y la canosa mujer con una escarcela, con rostro marchito, pero aún encantador, de ojos claros, inteligentes, grises y que ha conservado su sonrisa juvenil, le mostraba a uno, como a cualquier otro interesado en la creación de Dostoievski, los manuscritos de sus memorias, valiosas reliquias de su archivo personal y de la vasta correspondencia de su marido.

–Siempre he necesitado alguna «idea» en la vida –continuaba con cierta animación Anna Grigórievna–, siempre he estado ocupada en algún asunto que me absorbía por completo. Incluso nuestra hacienda en el Cáucaso la compré con una finalidad concreta para mis nietos: en la vida de cada uno hay momentos en los que es necesario aislarse, salir de los carriles habituales, sobrellevar la pena apartado del trajín cotidiano. Que mis nietos tengan ese refugio, pensaba yo, que les sirva en los momentos de necesidad y les ayude a superarlos. Y estoy profundamente convencida de que la constante realización de los propios proyectos es el único camino a la felicidad. Y la verdad es que no puedo quejarme, porque he conocido la felicidad. A veces, en las noches del Cáucaso, sentada en la calma del jardín y admirando la puesta de sol, pregunto mentalmente: «¡Señor!, ¿por qué me has concedido una vida tan feliz? Dios, ¿cómo darte las gracias por ella?».

»Por supuesto, también he sufrido golpes duros. El último de ellos hace relativamente poco –dice con evidente amargura Anna Grigórievna, pasando a la penosa

impresión de su vejez—. ¿Puede imaginarse —continúa con visible emoción— qué terrible impresión me causó la carta de Strájov publicada hace unos años (según la cual Dostoievski había violado a una menor de edad), en la que afirma que Fiódor Mijáilovich era un hombre malo y perverso? La vista se me nubló de horror e indignación. ¡Qué calumnia inaudita! ¿Y de quién provenía? De nuestro mejor amigo, de nuestro constante invitado, testigo de nuestra boda: de Nikolái Nikoláievich Strájov, quien, después de la muerte de Fiódor Mijáilovich, me pidió que le encargara escribir la biografía de Dostoievski en la edición póstuma de sus obras. Si Nikolái Nikoláievich viviera, yo, a pesar de mi avanzada edad, iría de inmediato a verlo y le daría una bofetada por esa bajeza.

Las pálidas mejillas de Anna Grigórievna se inundan de un rubor de indignación al pronunciar esas palabras, los ojos le arden con un fuego juvenil, la voz le tiembla a causa de la rabia y la ofensa. En ese momento, de detrás de su venerable semblante de entrañable anciana, emerge claramente la imagen de la joven mujer, según el famoso retrato— anotación de Víktor Bobrov en los márgenes del mejor grabado con la imagen de Dostoievski. La misma mirada fija y ardiente se enciende bajo unas cejas bien marcadas.

—Decidí entonces no salir a desmentirlo en la prensa. Pero la respuesta a Strájov la doy en mis *Memorias*, libro que verá la luz sólo después de mi muerte y explicará muchas cosas sobre la personalidad de mi difunto marido. Quisiera repetir a todos lo que respondí a Lev Tolstói cuando me preguntó: «¿Qué clase de hombre era Dostoievski?». Era —respondí yo— el hombre más bueno, tierno, inteligente y generoso que jamás he conocido». Y hace poco tuve ocasión de repetir eso en unas circunstancias totalmente distintas.

Y Anna Grigórievna cuenta con una sonrisa un episodio al que, por lo visto, le da importancia.

—Usted sabe que en el teatro Mariinski se preparan ahora para presentar una nueva ópera de un compositor joven [Serguéi Prokófiev] basada en una obra de Dostoievski [*El jugador*]. El compositor no preguntó por los derechos autorales de nuestra familia y tuvimos que hacérselo saber. El asunto se arregló. Pero el domingo pasado el compositor vino a visitarme para enmendar personalmente el error. Me trajo una partitura de su ópera con una dedicatoria. A cambio, me pidió que escribiera algo en su álbum. En vano me negué, tuve que acceder a su pedido. Pero, cuando ya había tomado la pluma, el joven

músico me dijo: «Debo advertirle, Anna Grigórievna, que el álbum está dedicado exclusivamente al sol. Aquí sólo se puede escribir sobre el sol». ¿Y sabe lo que escribí?

Recordé los rayos oblicuos del sol poniente, que tanto amaba Dostoievski, el ocaso majestuoso, espléndido y glorioso del cuento de la visionaria, del sol poniéndose junto a la catedral inglesa en *El adolescente*, en el que el sol viene a ser el pensamiento de Dios y, la catedral, el pensamiento del hombre.

Pero Anna Grigórievna no necesitaba recordar.

–No –me dijo–, solamente escribí: «El sol de mi vida es Fiódor Dostoievski. Anna Dostoiévskaja».

Había que oír con qué orgullo radiante y con qué felicidad pronunció Anna Grigórievna esas palabras para comprender qué profunda verdad vital respiraba en ellas.

La última vez que vi a Anna Grigórievna fue después de la revolución, a mediados de marzo de 1917. En su retiro de Sestroretsk me mostró su habitación y los pasillos, que también se habían convertido en arena de los sucesos en curso.

–Nosotros, por supuesto, sabíamos aquí de todos los acontecimientos en Petrogrado, pero no esperábamos que se precipitaran también sobre nosotros. Sin embargo, a la tercera o cuarta mañana vimos por la ventana de nuestro pensionado que una enorme multitud de obreros de la fábrica de armas de Sestroretsk venía hacia el balneario con armas y banderas, como a sitiario. Con qué finalidad, no podíamos entenderlo. Para horror nuestro, la multitud se dirigió directamente hacia nuestro hotel y al cabo de algunos minutos oímos abajo portazos y los pasos de la masa que irrumpía, que acabó colmando la planta baja de nuestro edificio. Me encerré aquí, en mi habitación, pensando horrorizada que todos estos objetos valiosos para mí, todos estos retratos, pilas de manuscritos, cartas y libros estaban condenados a desaparecer. Unos minutos más tarde, oigo que el ruido se acerca a nuestro primer piso y que la multitud pasa por delante de mi habitación entre sonoras conversaciones, gritos y exclamaciones. Unos instantes después, detrás de mi puerta se concita claramente una bulliciosa animación. A mis oídos llegan unas palabras fragmentarias que incluyen el nombre de Dostoievski. Sobre mi puerta se oye, para asombro mío, un golpe mesurado y respetuoso. Me persigno, abro la puerta y me dirijo a la ruidosa maraña pidiéndoles que traten humanamente a una anciana. Uno de los cabecillas se apresuró a tranquilizarme: «Sabemos quién es usted y no le haremos nada malo. Sólo debemos echar un vistazo en su habitación». Y, en efecto, se limitaron a lanzar una mirada simple y superficial y no hicieron ningún registro.

»Resulta que los obreros buscaban a Protopópov, que se había escondido. Alguien había hecho correr el rumor de que se escondía en el balneario de Sestroretsk. El rumor resultó ser falso. No dieron con Protopópov, pero sí en cambio hallaron inesperadamente a Makárov. Muchos aquí fueron testigos de una escena penosa: el exministro tratando de esconderse y mandando a su mujer a enfrentar a los obreros con un ícono en las manos.

Era extraño oír aquel relato sereno e incluso compasivo sobre las notables escenas de los días de marzo por boca de quien en su tiempo había transcrito las iracundas profecías de Dostoievski sobre una futura revolución rusa.

Las esperanzas de Anna Grigórievna de «vivir hasta los ochenta» no se cumplieron. Falleció el 9 de junio de 1918 en Yalta, a los setenta y dos años. Los planes previstos de nuevos trabajos de esa incansable trabajadora quedaron sin cumplir⁵.

Pero Anna Grigórievna puede dormir en paz el sueño eterno en un lejano cementerio del sur. Su vida no pasó en vano. En silencio, en la sombra, en el anonimato se dio a sí misma desde joven su gran tarea y supo llevarla hasta los últimos resultados. La diversidad de sus ocupaciones asombra tanto como la constante intensidad de su

⁵ He aquí lo que me comunicó sobre el último año de vida de Anna Grigórievna una de sus parientes más cercanas. A fines de mayo de 1917, A. G. Dostoievskaja abandonó Petersburgo y viajó, como en los años anteriores, a su dacha del Cáucaso, a la que no tardaron en llegar sus familiares cercanos. «Este año –me comunica mi interlocutora– los trabajos de tendido de la vía férrea que unirá Tuapsé con Adler (y más lejos) llegaron justamente hasta nuestras tierras. Las capas de suelo podrido con miríadas de mosquitos envenenaron ese “rinconcito” hasta entonces libre de malaria. Casi todos los habitantes de la dacha, incluyendo a Anna Grigórievna, contrajeron malaria. Por insistencia del hijo (Fiódor Fiódorovich Dostoievski), que por entonces se encontraba en las aguas minerales del Cáucaso, Anna Grigórievna, en compañía de sus allegados, abandonó ese lugar infectado. Semienfermos, llegamos hasta Tuapsé; aquello fue particularmente penoso para Anna Grigórievna: los años, las conmociones y ya ciertas privaciones habían minado su fuerte organismo y los ataques de malaria le hacían perder la conciencia, la dejaban semipostrada. Por lo demás, dos semanas más tarde recobró hasta tal punto la salud que pudo trasladarse sola a Yalta (sus acompañantes se dirigieron a otro lugar); más tarde, en invierno, pensaba incluso en regresar a Petersburgo. El cansancio del viaje, probablemente, tuvo un efecto funesto sobre Anna Grigórievna y pronto recibí su carta con la noticia de que sufría ataques de malaria o pequeños ataques de apoplejía, de los cuales, por lo demás, se había repuesto por completo hacia diciembre de 1917. En primavera avanzaron hacia el sur los alemanes y nos encontramos desconectados de Moscú, donde se hallaba Fiódor Fiódorovich Dostoievski, que enviaba a su madre algo de dinero. Anna Grigórievna se quedó literalmente sin un kopek. Como comía mal y siempre estaba hambrienta, el 1 de junio compró dos libras de pan fresco y, por lo visto, se las comió a causa del hambre. Esa misma tarde le empezaron unos fuertes dolores y el doctor que fue a verla diagnosticó una inflamación intestinal aguda. Una doctora conocida suya, al enterarse de la enfermedad de Anna Grigórievna, invitó a su casa a una hermana de la caridad, que estuvo con ella durante toda su enfermedad. El 5 de junio escribieron una carta a los parientes más cercanos avisando que la situación de la enferma se volvía peligrosa, pero, como consecuencia del mal funcionamiento del correo, la carta llegó con considerable retraso. El día 7 Anna Grigórievna perdió la conciencia y pasó dos días más en medio de grandes sufrimientos y falleció el día 9 a las once de la mañana. El cuerpo de Anna Grigórievna fue depositado en una bóveda junto a la iglesia, donde permaneció hasta la llegada de F. F. Dostoievski. Anna Grigórievna fue enterrada cerca de la iglesia. Así de triste, en completa soledad, sin parientes ni allegados, casi en la miseria, falleció a los setenta y dos años de vida la amiga más fiel de Dostoievski, que tanto se había esforzado para proporcionar al escritor una vida feliz y la fama póstuma». [N. del A.]

actividad. Editora y librera, estenógrafa y bibliógrafa, archivera y coleccionista, autora de memorias y biógrafa, comentarista y fundadora de un museo y una escuela: Anna Grigórievna trabajó mucho en su vida.

Y lo principal: supo transformar la trágica vida personal de Dostoievski en el sereno y feliz período de su última etapa. Anna Grigórievna, sin duda, prolongó la vida de su marido y, así, salvó para nosotros varias de sus grandes obras. No por nada Dostoievski la llamaba en las cartas a sus amigos su «ángel de la guarda» y le dedicó su última obra, *Los hermanos Karamázov*. Anna Grigórievna mereció ese gran honor y, por supuesto, su nombre no aparece en vano en la primera página de una de las más grandes creaciones de la literatura universal. Con la profunda sabiduría de su corazón amante, logró resolver una tarea difícilísima: ser la compañera de vida de un hombre enfermo de los nervios, expresidiario, epiléptico y genio creador profundamente trágico.

Las *Memorias* de A. G. Dostoiévskaja son un testimonio de una vida llena de méritos, de una noble actividad, de una incansable labor cultural en condiciones a menudo difíciles y desfavorables. Pero, a la vez, pueden servir de notable ejemplo de ese fenómeno vital complejo e inusual llamado amor activo.

Moscú, julio de 1922.

Traducción de Alejandro Ariel González